

## RESEÑA:

**SOCIOSOFÍA. José Ángel Bergua**  
Barcelona, Antrophos, 2017; 122 pp

**Alba Taboada Villamarín**

[albatabo@ucm.es](mailto:albatabo@ucm.es)

Universidad Complutense de Madrid

Desde hace ya algún tiempo, la política, la economía o diversas ciencias sociales como la sociología se han evidenciado así mismas como conocimientos incapaces de alcanzar la comprensión de la realidad social. Algunos de los lectores ya habrán sido testigos de esto y seguramente participen de una incomodidad convertida en un continuo barullo que, a día de hoy, mantiene un rumbo desconcertante. De aquí, tales son aquellas insurrecciones que desde la última década gran parte del mundo comienza a evidenciar, la primavera árabe o el 15M son solo alguno de estos ejemplos. Del mismo modo, el desconcierto de los analistas ante golpes de timón aparentemente imprevisibles en la política occidental, retratan el desatino de las ciencias sociales para con el análisis del cambio social. Quién pudo vaticinar la llegada al poder de Donald Trump, la ruptura del bipartidismo en las últimas elecciones presidenciales españolas o la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea; la incertidumbre parece haberse apoderado de todos los pronóstico, alentando a la creciente deslegitimación de la ciencia como institución capaz de analizar el presente y el futuro de la vida social.

Si bien estos preceptos se popularizaron en las últimas décadas del siglo XX, el marco actual que reproduce tensiones entre el Estado, la ciencia y la ciudadanía, alertan de la continuidad de los paradigmas epistemológicos más relativistas junto al escepticismo que estos conllevan. Sociosofía parece edificarse en esta base axiomática desarrollando ya no una crítica, sino un verdadero desenlace de estos postulados.

Otros lectores en cambio, estarán lejos de percibir tales engaños, no siendo capaces de sancionar las verdades ficticias que les otorgan los “saberes” políticos y científicos por miedo al desamparo. Jamás aceptarán que no tienen razón y por ello, muchos otros seguirán aplaudiendo sonrientes sus grandes dotes cognoscitivas de un mundo que en realidad se les antoja olvidado. Estos últimos, no comprenderán nada de lo que en Sociosofía acontece y por tanto, la recomendación es que lo dejen, que no presten atención a las siguientes páginas, porque para ellos será insospechable la complejidad que nos brinda para alcanzar aquello que a las élites del pasado y a los patriarcas convalientes del presente nunca les ha interesado: el saber de lo social.

El efecto que provoca la lectura de Sociofía es la conversación con un hombre que parece haber viajado al mañana pero que sin embargo, desde el pasado más atávico intenta comunicarnos los enclaves y las puertas de una ciencia que consta de una única previsión, la libertad y el reconocimiento de las gentes en la ciencia más vanguardista, en aquella que desecha los marcos referenciales y las políticas residuales de una era que ya no nos pertenece, la de la jerarquía y el patriarcalismo. Con esta ambivalencia José Ángel Bergua experimenta con el lenguaje de las profusiones, diluyendo esoterismo, filosofía, epistemología, ciencia ficción, sociología, misticismo, fiesta y magia en una misma certeza.

Hoy nos alcanza la suerte de que uno de estos amantes de las gentes y la libertad, ha traducido a nuestra lengua los saberes que un día quedaron sepultados bajo el dominio de los imperios; los reformula, los hace inteligibles y nos cuenta la necesidad que la sociología y la sociedad en su conjunto tienen de ellos. Embarcándose en formas heterodoxas de conocimiento que privilegian la fidelidad de la realidad social, apuesta por las hibridaciones, por las formas confusas indistinguidas, anunciando la muerte de la ciencia y la política, advirtiéndole que, si lo social se hace a la vez y al mismo tiempo que se piensa, lo que ha fallado ha sido el modo elitista de hacer y pensar lo social que ha dado lugar a la sociedad. En ese modo, la política hacia o actuaba inspirándose en ideologías y las ciencias sociales conocían o investigaban inspirándose en teorías. La coherencia así estaba garantizada porque las ideologías y las teorías eran dos caras de una misma moneda.

Pero estas derrotas hoy se sospechan, al menos, si se atiende a las socialidades que según el autor se dan en los lugares donde la sociología no ha querido mirar, y sin ellas, sin esas sociabilidades primarias que se basan en lo afectivo y la estética de la acción, imposibles de concebir dentro de las significaciones políticas y económicas, jamás podremos llegar a alcanzar lo que desde la honestidad inocente nuestra ciencia se prometió conocer, la dimensión de lo social. La Sociosofía tiene el poder de destapar todo esto, irrumpiendo en una realidad que tiende hacia la individualización más extrema para reconvertirla hacia la necesidad fraternal que con consciencia o no reclaman las sociedades occidentales.

José Ángel Bergua engendra un nuevo legado para nuestra ciencia, la cual debe repensarse para poder ejercitar la Sociosofía, todo un ejercicio fecundo de aperturas, de profusiones; también de destierros que estimulan el paso a la era patriarcal como el futuro innegable que deviene, engendrando hermanos y huyendo de los contrarios.

De esta forma, el valor de Sociosofía nace con el alumbramiento de la complejidad que Bergua moviliza hacia la superficie, ofreciéndonos la comprensión de un mundo descreído de la ciencia y la política, donde la democracia ya no tiene cabida. Asimismo, formula concesiones y preludios para completar la carencia más dolorosa que sufre hoy Occidente, la falta de experiencias sagradas reales que a su vez sean conmensurables con los nuevos marcos patriarcales que irrumpen en los sueños cada vez más factibles de las gentes.

Sociosofía da consistencia y cierto descanso a la ruptura con el mundo patriarcal, vislumbrando el puesto que la sociología ha de ocupar y reservando el mejor asiento a los protagonistas de este cambio: las gentes. Pero el autor no se queda ahí, este aclama toda una suerte de posibilidades futuras dibujadas en un horizonte más libre, en el cual, el estudio de la sociedad se desprende de la rancia jerarquía, donde los objetos y sujetos, la sociedades pasadas y presentes, el negro y el blanco, quedan confundido en híbridos que sepultan todos los binarismos, apropiando a los objetos de lo que es suyo, su conocimiento y con él su libertad.

Si bien, la ausencia de una metodología y la insistencia de un holismo embriagado de misticismo puede llevar a pensar que la línea reflexiva propuesta promueve cierto solipsismo, nada más lejos se encuentra de las pretensiones de Bergua, la idea consagrada de esoterismo bebe de los postulados hegelianos, donde la individualidad queda desdibujada en lo social a la vez que se desmarca de ella.

No podemos prever hasta que punto estos nuevos amaneceres con alientos atávicos pueden llegar a darse, pero muchos de los lectores estarán de acuerdo en que el mundo que hasta ahora se hacía contemplativo

comienza a evaporarse, y de esta forma asimismo se presiente. Por ello, la sociología tendrá que dar cabida a los nuevos paisajes, comenzando por la revisión de sus significantes, de sus espacios y por preguntarse cuáles han de ser ahora sus principales actividades, a fin de cuenta, por retomar sus ensimismamientos, abriendo su conocimiento a los colores, a la creatividad, a la magia y a la imaginación; siendo partícipes de la nueva sociedad que el mundo está a punto de parir, bailando este nacimiento y celebrándolo porque de algún modo, también será el nuestro.

### **Sociosofía, el libro enterrado**

En un mundo no tan distinto al nuestro, un diminuto ejercito de hombres y mujeres sociólogos vivían bajo el yugo invisible del Imperio Amarillo. Estos, horrorizados por las prácticas que en el Imperio se manejaban para conocer a sus gentes, decidieron desvelar la realidad de un no saber que se erigía como el conocimiento más exacto. Exiliaron los entramados corruptos vanagloriados por el don de la simplicidad y la reducción que proclamaban fieles representaciones de una sociedad que de algún modo, era ignorada.

Por un tiempo, estos científicos embelesados por los saberes ocultos que significaban a las gentes, vivieron camuflados dentro del centro Amarillo de Investigaciones Sociológicas y también de sus universidades. Observaban como sus compañeros, sedientos de prestigio y estatus, alimentaban el círculo del conocimiento que tan útil era al Imperio. Los sumisos sociólogos, con unas metodologías limitadas, pasaban cuestionarios a aquellas gentes que, con el mismo lenguaje que el emperador enseñaba en sus escuelas, habían aprendido a responder. Luego, los resultados de sus investigaciones se cedían al monarca que sonriente brindaba y al mismo tiempo, los propagaba por la televisión amarilla; así, todos sabían cómo era la gente y del mismo modo, todos conocían como debían ser. Estos sociólogos por un tiempo también hicieron lo propio.

Más tarde, tras flirteos silenciosos por los pasillos de la Universidad Amarilla y del Centro de Investigaciones, decidieron emprender un conocimiento verdadero que sirviera para destapar el malévolo juego que alienaba tanto a las gentes como a sus compañeros sociólogos. Querían revelar las complejas dimensiones sociales que desvelaban la multiplicidad de opciones en las que el mundo podía ser, sin embargo, estas eran escondidas para que en sus sillones, la élite del Imperio Amarillo pudieran descansar y permanecer. Armados de valor, el minúsculo ejercito peregrinó hacia los márgenes más remotos donde los conocimientos vacuos erigidos por el poder, no fustigaran el objetivo principal de estos sociólogos. Allí, durante largos periodos compartieron fatigados las experiencias atroces que en sus investigaciones presenciaron y decidieron aprender de los conocimientos más oscuros y paganos que los emperadores hacía tiempo habían condenado.

En los preámbulos de sus conversaciones, consensuaron juntas aquellas no pretensiones que como sociólogos debían no tener, a muchos de vosotros estoy segura de que os seducirán. Entre una infinidad de aseveraciones, los ya no sociólogos decían no querer olvidar lo que sabían, ellos tampoco querían alardear de que su conocimiento no tenía razón porque sabían que eso seguiría contentando al emperador. No querían utilizar las ideas de sus jefes ni su lenguaje para explicar la realidad social y finalmente, ellos no querían continuar diciendo que solo existía una forma de ser para el mundo y sus gentes.

Así, tras una extendida carta en la que eternizaban todo aquello que estos sociólogos no querían ser, escribieron *Sociosofía*, antes de que el hambre y las desdichas del tiempo acabaran por consumirlos y pronto, lo enterraron para que en un futuro lejano, sólo aquellos que realmente veneraran el conocimiento de las gentes y quisieran experimentarlo de la forma más lúcida y sin las ataduras del poder, pudieran hacerlo.